

Felicita- ciones

para

Navidades

y

Año

Nuevo

por

Manuel Correas Pérez

I

¡¡Cantemos, hermanos!!...
... que las estrellitas
de los altos cielos
y los corazones de los inocentes
cantan al Infante
de la Nochebuena
que nació de virgen
milagrosamente
en aquel establo
y en aquella noche
de LUZ y de PAZ...

Cantemos, sí, amigos,
para recordar
esos villancicos de la Navidad
que de niños cantamos ¿recuerdas?
rebosantes de felicidad...

«En Belén nacerá el NIÑO,
como un lucero de Amor»,
y en mi pecho la estrellita
de ser felices tu y yo...

II

¡¡FELICIDADES!!, mágica palabra,
ganzúa de barro y metal;
ardiente deseo
que los hombres gritan,
para franquear
las puertas de un próximo Año Nuevo,
de ventura y paz.
Jesucristo, Infante
dulce desvalido
en el tierno Amor
de tu Navidad,
haznos el regalo
de tu llave de oro
para abrir la entrada
a un soñado Alcázar:
la Felicidad...
la efímera, humana,
¡¡Y la celestial!!...

Peraleda de la Mata, Diciembre de 1971



CABABA de leer una obra muy de mi agrado de Alexandra Davil Neel, autora del libro «Viaje de una parisiense a Lasa»... Después del accidente en que mi suegra quedó con el brazo izquierdo vendado, con los garfios de hierro entre algodón mordiendo las costillas, todo intento de liberación quedó frustrado. Las vacaciones de verano quedaron reducidas a la vida familiar, a lo sumo a respirar alguna brisa de aire nocturno en el paseo de Ibarrola. Mi esposa llevaba la nena en el coche de paseo para que la criatura durmiese un poquito con el fresco, ya que las temperaturas alcanzaban las máximas en la provincia de Cáceres. Con este retiro monótono veía que los días se me pasaban sin sentirlos. Aún me quedaba una ocasión propicia para

UN DOMINGO EN TORNAVACAS

Por Fernando RUNICO

evadirme de la estrecha vigilancia de la vida hogareña: tenía que ir a la Vera para que me diesen el «cese como maestro propietario» de un pueblecito... Mi esposa me contó en seguida el tiempo; la treta sólo me sacaría de apuro si el día 30 de Agosto, el secretario accidental tenía la bondad de poner la diligencia de cese, y, al día siguiente bajar a Plasencia para tomar un coche de línea hacia la parte alta del Valle. Yo no conocía esta zona, pero me habían hablado de sus pueblecitos agazapados y pintorescos, del aire fresco de sus sierras y sentía en mí el estímulo de los elogios del Tibet... Si no podía ir a ese país de las nieves —donde según el relato escrito de la citada orientalista francesa— «ninguna descripción puede dar idea de la serena majestad, de la grandeza adusta, del aspecto feroz y del encanto hechicero de los distintos paisajes tibetanos»— iría a los de mi tierra que también son dignos de admirarse. Por eso aproveché la coyuntura de realizar al mismo tiempo un encargo oficial que me incumbía personalmente y utilicé la escapada para andar por el puerto de Tornavacas, saludar esas cabalgaduras pétreas cuyas caricias son fenómenos aéreos, acuosos y eléctricos.

Merced a esa atracción mágica de la montaña, yo no iba a presentarme en casa a ver mi esposa y mi pequeña Inés. Los pensamientos de ese país me empujaban misteriosamente a vivir 48 horas a estilo de un errabundo *naldjorpa*. Me paso las horas muertas bajo los árboles abismado en la lectura y en la contemplación de las nubes deshilachadas que flotan por el espinazo majestuoso de «Peña Negra». A la izquierda el trapecio aéreo, de granito, de azul acerado del Torreón. Lo he mirado con un pañuelo rojo, especie de bonete encasquetado en la cabeza para exitar la quemazón del sol. Ya cerca de los mil y pico metros de altura se ven las vértebras incrustadas de las sierras que forman el canal del valle. Una bruma azulina empieza a flotar en la hondonada. Los cabezos redondos, pajizos, sollamados, coronan el puerto y dan vista a los límites abulenses. Un aire sutil, penetrante, me lame los riñones. El cono del «Torreón», con aureola de unos vapores pardos, vagarosos, me mantiene extasiado. El marco geográfico es grandioso, los traficantes pasan con sus cabalgaduras recias: caballos, mulas, jacas de alzada regular con cargas de patata. Un viejo enjuto con barba plateada arrea un pequeño asno, peludo, que porta dos banastas vacías y un haz de leña menuda... Es grandioso vivir en medio de los colosos tectónicos, con sus morrenas, fallas y arrugas en constante erosión.

En las laderas abunda el cerezo y el castaño. Los inviernos en Tornavacas son crudos y lluviosos; los nevazos son agobiadores: los vecinos han de usar picos y palas para abrir paso en la calle. He trabado charla con algunos hijos naturales de este lugar. y, —según ellos— la emigración apenas se deja sentir por estos contornos. La gente vive apegada a la tierra. El que más y el que menos tiene un prado con ganado vacuno o cabras, posee cerezos y castaños, y, casi todos cosechan productos hortícolas para el consumo diario.

Recién llegado lo primero que me recomendaron es que fuese a visitar la iglesia. En el Tibet, el devoto o el extranjero recorre febrilmente los monasterios o *gompas*. Los actos humanos son muy semejantes en los más apartados rincones del mundo. Preferí visitar el templo de noche con las velas encendidas mientras el sacerdote con su sotana negra celebraba el sacrificio de la misa. La impresión que me dio ver tantos fieles y rezar las oraciones con tono piadoso y cálido es de ser pueblo amante de las tradiciones religiosas. Se encontraba en visperas de las fiestas del Cristo del Perdón —oportunidad que los lugareños no desaprovechan para engullir una pierna de ternera y pasarse el santo día con los naipes en mano— y el padre se

limitó a exponer unas advertencias preliminares sobre el novenario, sermón y demás actos litúrgicos que tendrían lugar esos días. Encargó a los mozos que no viniesen en mangas de camisa sino con chaqueta y que guardasen el respeto y comportamiento debidos a semejante solemnidad.

Delante de la puerta de Oriente hay una bandeja pavimentada por donde pasea el público. Precisamente encontré aquí al inspector jefe de E. P. don Urbano Sánchez Yusta, con esa voz cavernosa, casi estentórea, que es casi inconfundible para quien la oye una vez. Aquí le profesan admiración y simpatía, porque se ha preocupado bastante de la cosa pública de los tornavaquenses. El maestro, el sacerdote son apreciados con mucha delicadeza. El pueblo siente gran devoción por la Virgen de los Dolores. El sitio es ideal para veranear. Los troncos erguidos de los castaños y las aguas rumorosas de las gargantas invitan a una concentración mental, que, a mi entender la juzgo necesaria e indispensable para las masas humanas que se agitan enloquecidas en los centros de alta civilización.

Yo debía vivir la aventura de la ascensión. Sin ningún preparativo especial antes de salir de Tornavacas leí con calma un bando de la Alcaldía en que se avisaba públicamente a los vecinos para la vacunación de ganado lanar y vacuno contra la «brucelosis». En seguida me interné por un sendero pino, estrecho y tortuoso, cuajado de retamas, de zarza, de helechos, de robles y castaños. Miré al orgulloso «Torreón»: Una bocanada de niebla o una columna de vapor en forma de hongo o sombrilla se desperezaba entre los desnudos contrafuertes... A las once menos diez de la mañana estaría aproximadamente a unos 2.000 metros de altura. Hacia poniente la barrera majestuosa de la cordillera central con sus artesas graníticas de rala vegetación. Varias masas nubosas se ciernen como nimbos gloriosos sobre el cono de las montañas. El sudor cae de mi frente. A juzgar por el cansancio que acuso me parece excesiva o casi sobrenatural esa aventura de los andarines del Tibet. Es una cosa que pasma el oír los viajes y las jornadas de andadura de esa gente. Ese mundo mágico lamaísta me empuja a buscar los refugios de piedra, los cobertizos de pastores y algún eremitorio derruido. ¡Continuemos hasta arriba! Un amante de la montaña debe llegar a la cima a costa de fatigas improbables... Ya damos la cara al ubérrimo tetón tectónico de «Peña Negra». No llevo calzado propio de montaña. Ha sido una aventura imprevista. ¿Qué pensará mi esposa de la fuga de su marido? No creo que se pueda imaginar ni remotamente el papel que ejerzo en este crítico instante. Con mi pañuelo carmesí oscuro,

cubriendo cabeza y nuca, y sobre él un sombrero de fieltro con pelo gris, parezco uno de esos *tuaregs* del desierto, pero solitario como un anacoreta de las montañas.

Se siente uno como un rey sereno que disfruta una enormidad del espectáculo sobrecogedor del anfiteatro rocoso. Si examináis atentamente las protuberancias rocosas observaréis sus mitones negruzcos, sus granitos grises, sus arcillas y calveros que engrosan el gran tetón: Grandes arterias bajan de los dientes cimeros, por donde se deslizan las aguas y los aludes de nieve. La niebla se suele agarrar con frecuencia. El ruido más insistente aparte del viento es el que produce el cencerro de los rebaños. El pastor, es el sujeto más propicio en estas elevadas mesetas... Ayer por la tarde estuve a dos pasos del nacimiento del río Jerte: Son unos pequeños manantiales que bajan de una garganta y, de ese modo inicia su tramo de torrente insignificante en las barreras septentrionales de Tornavacas. Los del pueblo me decían que no salen aún de dudas. ¿Por qué en vez de llevar el nombre de Jerte no lleva el de Tornavacas, su pristino nacimiento?...

Esta mañana tuve cierto temor en mitad de subida. Suceden cosas extrañas en estas ascensiones: Vahidos, espejismos, errores en la distancia. Es muy fácil agotarse a medio camino creyendo que el punto de llegada estaba más cerca. La vegetación típica que he venido hollando en la subida estaba formada por manchas de robles, castaños. En los tramos más pinos donde el pie busca la huella de las cabras, la olorosa retama, la zarza y matas rastreras de helechos. Arriba se dejan ver aluviones de piedras sueltas. Desde este punto estratégico domino dos vertientes a modo de horquilla que originan el valle de Plasencia... Por fin he llegado a lo más culminante; los bosques uniformados y los matorrales se ven en la hondonada. El concierto de las esquilas asciende desde el valle. El aire es cortante y frío; una tromba nubosa se agarra a la cumbre. Oteo el horizonte por última vez. No tengo ninguna prenda de abrigo y el aire azota en el pecho. Es preciso dar la espalda a los conos humeantes de «Peña Negra». Sí, es preciso descender después de haber disfrutado casi unos treinta minutos de la serenidad perfecta.

* * *

De nuevo vuelvo a encontrar al Inspector sentado en silla de anea a la puerta de su casa. Su cara magra y afilada con ojos de lince revela una voluntad férrea. Habla de algunas excursiones interesantes

por los alrededores. Le hablo del Calvitero, y me saca de una ilusión bella y agradable, pero errónea. El pico Calvitero no se ve desde Tornavacas. Medio en broma, medio en serio, añade:

—Por allá se perdió una vez Unamuno.

—Sí, dice que le sorprendió una tormenta. Parece que allí comprendió una visión majestuosa del Dios del Sinaí.

—Psch, se daría una vuelta por Candelario y santas pascuas.

¿Algo de aversión? ¿Mejor informado que yo? ¿No es cierto lo que refiere en el texto de «Andanzas y visiones españolas»? De pronto me acordé de esos seres extraordinarios, que en el Tibet reciben el nombre de *lung-gom-pa*, que cubren distancias de varios cientos de kilómetros, sin alimentarse ni descansar. Por mi parte comía bien en la pensión «La Granja»: Carne picada, paella, huevos fritos, excelente leche de vaca y fruta en abundancia.

El Inspector continuó con voz cascada:

—Otra excursión interesante es ir a la Solana. Es una laguna de agua helada. Se tarda unas tres horas en caballería; para llegar al Calvitero hay que echarle dos horas más. Es casi inaccesible.

El fue en coche a la «laguna» con Herrero Fontana, siendo gobernador de la provincia. También iban varias mujeres, el señor Vicario. Por cierto, una de ellas se despojó de ropas interiores y nadó como una flecha por las aguas. El Jerte empieza a ser río en las gargantas de San Martín, jurisdicción del pueblo de igual nombre. Los verdaderos manantiales afloran de unas minas de wolframio en los términos municipales de Tornavacas.

El lunes bajé del célebre puerto. No me era ajena la frase lapidaria y postrimera del César Carlos I; una fría y espesa niebla se cernía sobre el valle. ¿Volvería a pasar por allí? Casi me adormecí mientras un labriego me contaba la trágica suerte de un conductor que se hundió en el puente que cruza el Jerte en los términos del Rebollar: El puente cedió al peso del camión y nadie pudo socorrer a la víctima: *Requiescat in pace*.

